

permitía explorar zonas a las que la literatura española tuvo vedado su acceso (y así escribe en «El libre examen y nuestra literatura presente»), a la vez, restaba la posibilidad de establecer principios morales absolutos (y atendiendo a tal criterio juzgaba la obra de Valera en su severo análisis de *El Comendador Mendoza*). A partir de 1880, y con su peculiar asimilación del naturalismo de Zola, Clarín, que sigue reconociendo el humorismo del escritor cordobés —«La casuística del *El Comendador Mendoza* es puro humorismo»²⁹ escribe en su polémico rechazo de las tesis de Brunetière— lo ve como un obstáculo para uno de los preceptos clave de *Le roman expérimental*, la impersonalidad narrativa: «Valera es artista escribiendo y escribe además con naturalidad narrativa; no es un retórico hueco; siempre tiene algo que decir; pero con todo esto, no es su estilo el propio del novelista, según aquí se pide. Su humorismo, esa especie de lirismo prosaico de su naturaleza literaria, roba al estilo la imparcialidad necesaria, la impersonalidad recomendable en la narración y en la descripción, y por completo turba las reglas naturales del diálogo, cuando se decide Valera a hacer que sus personajes se hablen»³⁰. Y ya, años más adelante, en el volumen *Nueva Campaña (1885-86)*, y tras trazar un elogio de Valera, poeta y novelista, escribía incitando al autor de *Pepita Jiménez* a nuevas creaciones novelescas, «todo lo idealistas que quiera, todo lo *personales* que se le antoje, todo lo humorísticos que le convenga. Píntenos en buena hora cien mujeres, cien frailes, cien toreros, que en el fondo no sean más que otros tantos Valeras. ¿Qué importa? Mejor. Novelistas que muestren a los ciudadanos que andan por ahí, ya los tenemos; novelistas que nos pinten el alma de don Juan Fresco, sólo hay uno: don Juan Valera»³¹.

Desde estas aseveraciones se observa que Clarín mantuvo una cierta ambigüedad respecto del humorismo de Valera y su secuela más importante: la constante presencia del autor en el entramado novelesco. Tal vez sea en las fechas inmediatamente anteriores a la génesis de *La Regenta*, en las que Clarín sigue más de cerca el naturalismo de Zola, cuando el genial crítico asturiano enjuicia con mayor desacuerdo y mayor severidad el consustancial humorismo del autor de *Pepita Jiménez*. Creo que esta ambigüedad se debe, además de a la natural evolución del pensamiento crítico de Clarín, al poso que la lectura de la *Estética* de Hegel dejó en su ideario estético precisamente en este punto referido al humorismo; creencia que encuentra su preciso correlato en el hecho de que Valera, gran conocedor de la estética hegeliana, hubiese tratado en las llamadas novelas de la primera serie —de *Pepita Jiménez* (1874) a *Doña Luz* (1879)— de presentar a la luz de un verdadero humor la temática amorosa y de las ambiciones frustradas. En ambos casos, es decir, tanto en la valoración crítica de Clarín como en la utilización del humor en el proceso creativo por parte de Valera, se deja entrever la aguda crítica que del humorismo como virtuosismo artístico realiza Hegel para poder así defender un humorismo, que dejando a un lado la petulancia y la poca seriedad, reúna una gran riqueza de imaginación y mucho sentido y

²⁹ CLARÍN: «Don Juan Valera, en Francia». *La literatura en 1881*. Madrid, Alfredo de C. Hierro, ed., 1882, pág. 177.

³⁰ CLARÍN: «Del estilo en la novela», *ob. cit.*, pág. 69.

³¹ CLARÍN: «Valera». *Nueva Campaña (1885-86)*, *ob. cit.*, pág. 98.

profundidad en el tratamiento de los temas, de tal suerte que se pueda deducir de accidentes y pormenores, una idea sustancial y verdadera. Escribía Hegel:

«En el humor, es la propia persona del artista la que entra íntegramente en escena, en todo lo que tiene de superficial y de profunda; por tanto, *se trata esencialmente del valor espiritual de esta personalidad.*

En consecuencia, el humor no deja que el tema se desarrolle por sí mismo, se organice conforme a su naturaleza esencial, tomando la forma artística que le convenga. Como, por lo contrario, *es el propio artista quien se introduce en el tema*, su tarea consiste, principalmente, en rechazar cuanto tienda a obtener, o parezca tener valor objetivo y forma fija en el mundo exterior; en eclipsarla y borrarla mediante la fuerza de sus propias ideas, mediante el brillo de la imaginación y de las concepciones sorprendentes. De este modo, quedan aniquilados el carácter independiente de la idea y el acuerdo necesario de la forma y de la idea. *La representación no es más que un juego de la imaginación*, que combina a su gusto, altera y trastrueca sus relaciones: *una desvergüenza del espíritu*, el cual se agita en todas direcciones y se tortura para hallar concepciones extraordinarias, por las cuales se deja llevar el autor, sacrificando su tema...

... El *verdadero humor*, que quiere alejarse de esta excrecencia del arte, debe aunar, a una gran riqueza de imaginación, mucho sentido y profundidad de espíritu, con el fin de desarrollar lo que parece puramente arbitrario como realmente pleno de verdad, extrayendo cuidadosamente, de estas particularidades accidentales, una idea sustancial y verdadera...»³².

Como puede verse la valoración ambigua del humorismo de Valera por parte de Clarín³³ reside, precisamente, en que el sustrato idealista hegeliano de su formación le hace ver en las novelas de Valera una cierta vaguedad en la interpretación del verdadero humor que pone en peligro el papel irremplazable del arte como forma de conocimiento bajo un aspecto de totalidad y sustantividad. A esto hay que sumar —antes de 1880— los reparos que el joven Clarín pone a ese humor como coadyuvante de un cierto relativismo que aleja a Valera de los ideales del Pérez Galdós de *Gloria*, y que Clarín definía así: «El bien por el bien, los más grandes principios que rigen el mundo moral, independientes de toda sugestión personal, la libertad, la dignidad de la ciencia, la solidaridad humana, la virtud sublime de la prudencia, esas pueden llamarse las musas de Pérez Galdós»³⁴.

Y después de 1880, y en pleno auge de la novela naturalista, las distancias que el humorismo impone a una verdadera novela que sea observación y experimentación tal y como pretendían los postulados por él esbozados en «Del estilo en la novela» al aire de los principios naturalistas de E. Zola. Dicho de otro modo: el joven Clarín, el anterior a los ensayos de *La literatura en 1881*, veía en Valera un espléndido representante de la corriente idealista de la novela, y veía en su humorismo la clave

³² HEGEL, G. F.: *Estética (De lo bello y sus formas)*. Madrid. Espasa-Calpe. Colección Austral, 1980, págs. 211-212.

³³ Clarín habla tempranamente en *El Solfeo* de un verdadero humor en la línea de Sterne, precisamente el escritor que Hegel propone a renglón seguido de la cita anterior como ejemplo de verdadero humor.

³⁴ CLARÍN: «El Comendador Mendoza». *Solos, ob. cit.*, pág. 295.

tanto de su estilo como de sus técnicas narrativas. Comulgaba con Valera en el fondo hegeliano de su modo de entender la naturaleza y la finalidad del arte. Pero discrepaba, en el plano estético, de los alardes de adorno de ese humorismo que alejaba al cordobés de la novela tendenciosa, aunque Clarín mantuviese en el fondo una posición más bien ecléctica como revela su crítica de *Pasarse de listo*, aparecida en *El Solfeo* en el verano de 1878. También discrepaba, y esa parece la nota fundamental, en el plano ético por el relativismo que introducía el humor en la consideración de los principios morales absolutos y por el egoísmo que se derivaba de tal actitud; aquí, evidentemente, la filiación ideológica krausista del joven Clarín juega un papel de primer orden, como se comprueba en el tratamiento irónico que hace del desprecio con el que Valera trataba el krausismo allá por 1878³⁵.

Cuando a partir de 1880-81, Clarín cambie de posición teórica y abandone, aún reconociendo su belleza, su querencia por la novela tendenciosa³⁶, y defienda los postulados naturalistas, su discrepancia con Valera será fundamentalmente estética dado que, como hemos visto, el idealismo y más en concreto el humorismo separa al escritor de la impersonalidad narrativa y del arte de hacer hablar a cada personaje según lo requieren su estado y condición, principios fundamentales en la forma de concebir el naturalismo por parte de Leopoldo Alas tal y como pone de relieve su excepcional crítica de la primera parte de *La desheredada* de Galdós.

III

Además de analizar las obras de Valera y su teoría de la novela, Clarín insistió siempre en el consejo —no escuchado hasta la última década de siglo—, de que Valera retomase el hilo de la creación novelesca. Tempranamente, en junio de 1878, Clarín tras elogiar los méritos del Valera crítico señala que «el señor Valera es artista antes que nada y mucho: primero que artículos de crítica, nos debe muchas novelas»³⁷. El único fruto inmediato fue *Doña Luz* (1879), en la que ya laboraba por entonces don Juan. Esta insistencia inicial de Clarín se debe básicamente a que considera a Valera junto con Galdós como los escritores clave en la renovación de la novela española

³⁵ Puede verse la severa ironía de Clarín —con nota hegeliana y todo— en el comentario que le merece la actitud de Valera respecto al krausismo en «Cartas de un estudiante, IV» (*La Unión*, 19-IX-1878). *Preludios de «Clarín»*, ob. cit., pág. 181-2.

³⁶ Ese cambio se aprecia mejor que en ningún otro texto en este fragmento de la crítica de la primera parte de *La desheredada*: «En los *Episodios Nacionales* aparece ya, quizá allí menos reflexiva, la tendencia presente de Galdós; pero en *Gloria*, en *Doña Perfecta*, en *Marianela* y en *León Roch*, en *Gloria* y en *Marianela* sobre todo, nuestro novelista sigue distinto camino, y parece que vuelve a la novela idealista, filosófica, que crea tipos, aunque verosímiles y naturales, simbólicos, con una acción determinada también por un fin que responde a una tesis. Nadie ha aplaudido más que yo esas novelas de Galdós. *Gloria*, la más idealista, la más popular, es para mí, como composición de ese género, un dechado; pero se puede admitir belleza en una manera de arte y preferir otra... Por esto considero que debe ser bendito y alabado el cambio que ha sufrido Galdós en su última novela *La desheredada*, cuya primera parte acabo de leer, y me ha hecho ver bien claro que muchas de las doctrinas del naturalismo las ha tenido por buenas el autor y ha escrito según ellas y según los ejemplos de los naturalistas». (CLARÍN: *La literatura en 1881*, ob. cit., págs. 133-4).

³⁷ ALAS, L.: «Libros» (*El Solfeo*, 14-VI-1878). *Preludios de «Clarín»*, ob. cit., pág. 163.